

CAPITULO XXXVI.

Muerte de Chimalpopoca rey de Tacuba: conquistas hechas por los mexicanos, y muerte de Ahuizotl.

El año de 1287 siguiente al de la dedicacion del templo mayor de México, se hizo notable entre aquellos pueblos, por un gran huracan, que arrancando de cuajo los árboles seculares de las montañas, causó mucho espanto á los naturales, y tambien por la guerra que Chimalpopoca rey de Tacuba, promovió á los pueblos de Cuextlan, los cuales aunque á costa de mucha sangre de lo mas ilustre de la nobleza azteca, quedaron tributarios de la corona de México, lo mismo que las provincias de Chiapas y Coyotlapan. Al regresar de esta expedicion, murió este rey y le sucedió en el trono su hijo Totoqui-yauhtzin II: este rey renovó la alianza con los de Tezcoco y México, que asistieron á su coronacion, y reinó hasta la venida de los españoles.

El genio de Ahuizotl, excesivamente belicoso, lo hacia ver con disgusto la paz porque en ella estaba su espíritu inquieto y esto lo determinó á una guerra contra los de Cozcacuauhtenanco, á quienes despues de vencidos, les hizo sentir su acostumbrada crueldad, en premio del heroico valor con que se defendieron: en seguida sujetó á los de Quauh pilotlan, Quetzalcuitlapillan, Quauh tla y últimamente venció á los huexutzincas con el auxilio de sus aliados de Tezcoco y Tlalcopan. Terminadas estas campañas, dedicó el rey un nuevo templo llamado Tlaca-teco, cuya fiesta le preporcionó, con el pretesto del

explendor de su bárbaro y supersticioso culto, satisfacer su sed de sangre con el sacrificio de los innumerables prisioneros de todas estas campañas, inmolados para la inauguracion de aquel santuario.

Despues llevó Ahuizotl la guerra á las provincias de los totonecas, comprendidas desde el Pico de Orizava llamado Citlaltepec, y el Cofre de Perote, montaña que tenia por nombre entonces Naucampatepetl, hasta las playas que bañan las aguas del seno mexicano. Para dejar aseguradas estas remotas regiones, dejó el rey fuertes guarniciones de tropas mexicanas que conservaran en paz estos pueblos hasta la venida de los españoles. Y mientras Ahuizotl estendia su dominacion por el Oriente hasta la extremidad de la tierra, los zapotecas establecidos en las provincias de Oaxaca se resistian á pagar los tributos, haciendo mas marcada su hostilidad, con dar muerte á los mercaderes mexicanos: las tropas aztecas sugetaron bien pronto aquella rebelion; y para impedir otras nuevas, dispuso el rey colonizar con familias mexicanas, que fueron repartidas en distintos lugares, á las cuales al dárseles posesion de sus nuevos hogares, se les hacía una exhortacion que concluia con estas palabras. «Acordaos sobre todo de vuestro origen, y sed los constantes aliados de vuestros hermanos, cuya ciudad resplandece en medio del lago, como dorada pluma en la superficie de las aguas: esa ciudad donde el agua forma remolinos, donde el pez se refugia entre las cañas, donde silva la verde serpiente y el águila descansa en la nopalera devorando su presa.»

Poco duró aquella dominacion, porque los zapotecas descontentos, teniendo á su cabeza á un valiente guerrero llamado Cocyoeza, descendiente de sus antiguos reyes, alzaron el grito de rebelion y dando muerte á todos los mexicanos, los dejaron reducidos á las dos ciudades de Huayxacac y Teotitlan. Algunos comerciantes taltelol-

ques, atemorizados con el estrago que los zapotecas hacían en sus paisanos y los aztecas, se refugiaron en la ciudad de Quauhtenanco, donde se defendieron hasta el fin de la guerra, por cuya heroicidad, recibieron crecidos premios del rey de México. Este, luego que supo la insurrección de los zapotecas, mandó contra ellos un ejército que hacen subir hasta á 60,900 hombres; pero Cocyoza para poderlos resistir se fortificó en una de las montañas cerca de Tequantepec, donde se estrelló el valor de las fuerzas de México: tres veces reforzó Ahuizotl su ejército y sin embargo cada día era mas reducido y débil, pues los zapotecas diariamente les hacían tantos muertos y prisioneros, que erigieron un monumento con los huesos de sus víctimas. ¡Horrible prueba de las calamidades que afligen á la humanidad, cuando los pueblos no son gobernados, sino por las pasiones y el caprichoso orgullo de los déspotas! El ejército azteca despues de tantos reveces, vió por la primera vez abatido su orgullo, hasta el grado de tener que proponer la paz, aunque envuelta siempre entre la ambición característica de la dinastía de Tenoxtitlan y la mala fé propia del pérfido Ahuizotl: les ofrecía á los zapotecas dejarles en libertad las provincias de Tehuantepec y Oaxaca, recobrando México, solo el derecho á la de Soconusco; pero el gefe de los zapotecas debía casarse con una princesa mexicana, que designara el rey. Cocyoza, conoció que en esta última proposición se le tendía una red, en que tarde ó temprano debía caer, por lo cual se resistía y con diversos motivos fué procurando alargar el cumplimiento de esta condición.

Habia pasado algun tiempo, cuando una noche que Cocyoza se bañaba en uno de los estanques de su palacio cercano á Tehuantepec, salió del bosque inmediato una jóven que por su hermosura, cautivó luego el corazón del indomable guerrero zapoteca: esta era una her-

mana del príncipe Mocteuhezuma, á quien Ahuizotl habia destinado para el enlace con su enemigo; y por la estrechada blancura de su cutis, se le habia llamado Palaxilla, que significa copo de algodón. Yo soy, dijo aquella princesa, que el guerrero hubiera tenido como una ilusión inesplicable, tu presunta esposa que teniendo noticia de tus temores y vacilaciones y estando prendada de tu heroísmo, logré ser trasportada aquí para que me veas y te resueles á enviar por mí á la corte. «Y para que pudieran tener los embajadores zapotecas una señal eficaz de ella, le manifestó á los pálidos resplandores de la luna, un lunar rodeado de bello, que tenia en la palma de una de sus manos. La encantadora vision se deslizó velozmente entre las sombras del bosque; llevando en pos de sí el corazón de Cocyoza, que desde aquel momento se decidió á cumplir con su estipulado casamiento, siempre que el monarca mexicano consintiera en darle por esposa á la princesa Palaxilla. Otro día luego mandó embajadores á México para el arreglo de este enlace, llevando cuantiosos regalos, así para el rey como para la princesa que debia recibir sus homenajes como su reina. Al llegar á la corte de Tenoxtitlan ofrecieron al monarca su presente, y él por su parte les entregó con las acostumbradas ceremonias á la bella princesa: los emisarios zapotecas vacilaban en recibirla y tributarle sus respetos como reina, haciéndolos desconfiar la perfidia de Ahuizotl, pero advirtiéndoles Palaxilla su turbación, fingió quererse componer el pelo y entonces descubrió el lunar de la mano, por el que fué inmediatamente conocida, poniéndole luego á sus piés las hermosas telas y joyas que le habia destinado su futuro esposo. Despues de estas ceremonias partió la princesa para Tehuantepec, donde tuvieron lugar las bodas con Cocyoza.

Apenas pasaron algunos dias, mandó el rey mexicano una embajada al zapoteca, solicitando permiso para que

por sus estados pasara un ejército á las provincias de Amaxtlan y Xuchiltepec; pero en secreto debian informarse con Pelaxila, sobre los secretos de su marido, de quien, sorprendido con aquel engaño, se queria vengar de la vergonzosa paz que por primera vez se habia impuesto á la corona de Tenoxtitlan. Cocyoeza era positivamente amado de su esposa, y esta nunca quiso servir de instrumento á los miserables fines de su tio: así fué, que advirtió de todo á su marido, y él concedió el permiso solicitado, disimulando conocer la perfidia con que se le trataba. Tomó secretamente todas sus medidas de defensa y cuando el ejército mexicano se presentó en sus estados, lo hizo acompañar de otro suyo en doble número y bien provisto de armas, con pretexto de la amistad que guardaba con Ahuizotl: de este modo los aztecas pasaron el territorio de Tehuantepec, quedando burlados los proyectos que con tanto engaño se habian formado contra Cocyoeza.

Viendo Ahuizotl frustrado su plan y no pudiendo estar sin alguna empresa pendiente hizo marchar sus ejércitos sobre los pueblos de Atlixco: y faltando enteramente á las costumbres de la guerra que tenian establecidas como un derecho de gentes, no dió aviso alguno anticipado, y el primero que tuvieron los habitantes de aquel valle, fué el ver invadido su territorio por las fuerzas de los mexicanos. El ejército que pudieron levantar en presencia ya del enemigo no era bastante para resistirlo y resolvieron pedir socorro á los huexutzincas, para lo cual mandaron á ellos sus embajadores: al llegar estos, se hallaba jugando á la pelota un capitán, llamado Toltecatl, famoso por su extraordinario valor y fuerza, quien salió luego con algunas tropas en defensa de los de Atlixco. Cuando estuvo al frente del enemigo entró en combate sin armas peleando solo con su puño, hasta hacerse de las mismas armas de un contrario, con las

cuales siguió haciéndoles tal destrozo y á su ejemplo todos los soldados, que los mexicanos tuvieron que ceder el campo y volver á su ciudad con la doble vergüenza de su perfidia y su derrota.

Esta accion de Toltecatl fué extraordinariamente aplaudida por todos aquellos pueblos que tenian un ódio profundo á los mexicanos; y los huexutzincas para premiarla le dieron el gobierno de su nacion. Un año duró en este encargo; pero queriendo reprimir los abusos que se cometian principalmente en las gentes de la clase elevada, se dividió el pueblo en dos fracciones; y Toltecatl, cansado inútilmente de gobernar un pueblo indócil, abandonó el mando yéndose á los estados de Tlalmanalco, acompañado solo de algunos nobles para no ser víctima de los furros de la guerra civil. El gobernador de aquel lugar para captarse la voluntad del rey de México, le dió aviso de la llegada de aquellos señores á sus Estados. Ahuizotl mandó luego prenderlos y dar muerte á estos enemigos indefensos, enviando sus cadáveres á Huexutzinco para imponer terror á los que con su auxilio habian sacudido el yugo de su pesado cetro.

Habian pasado dos años de la guerra de Atlixco y era el de 1468 cuando el extravagante Ahuizotl quiso aumentar las aguas de la ciudad, juntando con las de Chapoltepec las del manantial de Huitzilopocheo, de donde se surtian los vecinos de Coyoacán: llamó á Iztomatzin señor de aquel lugar para encargarle la ejecucion de este proyecto; pero este se resistió haciendo ver los peligros á que la ciudad queda expuesta con la salida irregular de aquellas aguas. El rey calificó como un acto de desobediencia lo que en realidad era una prudente y juiciosa observacion y mandó dar muerte á Iztomatzin, nombrando otros ejecutores para la construccion del acueducto que él habia imaginado. Cuando éste estuvo concluido en breve tiempo, se condujo el

agua en medio de un ceremonial extraordinario: el sumo sacerdote iba adelante con el vestido de la diosa del agua Chalchihuitlicue: otros sacerdotes sacrificaban codornices untando con su sangre las paredes del canal, mientras que los demás incensaban la corriente; y todo el pueblo ejecutaba bailes y danzas de regocijo al compás de sus monótonos instrumentos de música. No tardó en verificarse lo que el desgraciado Iztomatzin con tanta cordura habia predicho, pues la corriente fué en tal abundancia que la ciudad se inundó en un momento. Ahuizotl dormia en una sala baja de su palacio, y cuando lo despertó el ruido de las aguas que ya penetraban en su habitacin, salió precipitadamente dándose en la cabeza un golpe con tal fuerza, que conservó por el resto de sus dias una constante memoria de su imprudencia y de la injusticia cometida con el señor de Coyoacán.

Para reparar el mal se ocurrió luego á los consejos del sabio Nezahualpilli quien mandó cegar los manantiales de Huitzilopóchco, lo que tambien se celebró con muchas y extraordinarias ceremonias, siendo una de ellas la de arrear al abismo de la fuente muchas alhajas de oro y plata y algunos corazones de niños sacrificados para ese objeto, despues de lo cual cegaron los veneros principales con piedras y troncos de árbol.

Esta desgracia sufrida en México por la segunda inundacion y la que experimentaron el año siguiente por la escasez de semillas, fué recompensada con el descubrimiento da una veta de cantera llamada *tezontli* en los pedregales de Tlalpan, lo cual sirvió para hermostear mucho la ciudad, porque no sólo repararon las casas caidas por la inundacion, sino que construyeron otros muchos edificios mas sólidos y de mas elegante arquitectura, edificando el mismo Ahuizotl otros nuevos palacios.

Los últimos años de este rey fueron marcados con

nuevas guerras á distintas provincias lejanas, llegando las armas victoriosas hasta el territorio de Quauhtemalan ó Guatemala: y despues de esta vida tan agitada en la que veia con horror la paz, murió el año de 1502 á consecuencia del golpe que sufrió en la cabeza el dia de la inundacion de la ciudad. Este soberano hermosteó mucho la capital con suntuosos edificios, particularmente los últimos años en que fué ayudado por el descubrimiento del *tezontli*: es célebre por la bárbara fiesta con que inauguró el soberbio templo mayor de la Capital dedicado al Dios de la guerra: por las muchas conquistas con que engrandeció los dominios de la corona, y por la liberalidad con que socorria á sus vasallos, particularmente cuando se recibian los tributos de todos los pueblos, pues él personalmente distribuia muchos objetos entre los necesitados y habia regalos muy valiosos entre los que mas se distinguian en el servicio público, ya fuera en las armas, en la administracion de justicia ó en el gobierno de los pueblos. Pero el brillo de su liberalidad, quedó eclipsado con sus muchos vicios, particularmente por la perfidia y su excesiva crueldad: despues de la muerte su nombre sirvió para denotar á cualquiera persona importuna y molesta, usándose aun despues pe la venida de los españoles y hasta el dia, aunque corrompido el nombre primero en ahuizote y hoy con mas frecuencia Ahuichote. [1]

1. Clavijero tom. 1.º de la pag. 185 á 190.—Torquemada cap. 66 y 67.—Roa Bárcena 3.º cap. 20.